

Es decir, vuestros ojos de madre: Sí, porque si Jesucristo como Dios es hijo del Padre, como hombre es hijo de María; porque santificados por el Espíritu de Jesucristo, somos hijos de Dios, porque según el Apóstol, los que son hijos de Dios, viven con el Espíritu de Dios; (Rom 8) porque unidos á Jesucristo por la comunión, á su carne y á su sangre en la adorable Eucaristía, formamos un mismo cuerpo con El; y en consecuencia somos sus hermanos; y como tales, hijos también de María.

"Vuestros ojos," es decir, tales como Dios los hizo para vernos, no con severidad, lo que es ageno de Vos, sino con afecto, pues no sois mas que bondad y dulzura.

"Vuestros ojos todos llenos de misericordia." El amor de María por nosotros, es inmenso, así como su misericordia con la que compadece nuestros males, y se apresura á socorrernos. En esta vida, las virtudes, en su mayor parte, están juntas con imperfecciones; no sucede así en el cielo donde todo es perfecto; así el que goza de Dios, la clara visión reemplaza á la fé; ya no hay misterios, porque todo lo ven en El; la posesión del Soberano Bien, reemplaza á la esperanza, no quedando de ella mas que la constancia que comunica á el alma, que es su firme apoyo; la humildad que busca el menosprecio y la abyección, desaparecen, porque no queda mas que el anonadamiento ante la soberana magestad de Dios; la obediencia, ya no es un trabajo penoso, sino una alegre sumisión; subsiste el temor del Señor, pero no el que implica perder á Dios, sino el del respeto y obediencia.

Así es como en María su misericordia hácia nosotros es perfecta, porque nos compadece sin sufrir; sus ojos no inspiran mas que bondad y beneficencia. Los de la serpiente destilan veneno, y como vasos llenos de líquido mortal, siempre están prestos á derramarlo; no así los ojos dulcísimos de María, de ellos no se destila mas que el suave licor de su misericordia, al travez de la que viendo á sus hijos con

trabajos, no podria menos que socorrerlos.

Observemos ademas, que María vé á la vez con los ojos de su cuerpo y los del alma. Con los del cuerpo, contempla el palacio del cielo, la gloria de su Hijo, todo lo que la inunda de felicidad; y con los del alma, penetra hasta el centro de la divinidad, y desde allí, como en un espejo limpiísimo vé todo lo que puede aumentar su gloria y acrecer su felicidad. No temáis recurrir á ella, pues con la ciencia de Dios, conoce todas nuestras miserias, votos y suspiros. Abridle vuestro corazón con toda sencillez y franqueza, exponedle vuestras necesidades é implorad con confianza el socorro de su misericordia.

### EL PAPA Y LOS NEGROS.

Una caravana de negros procedentes del Africa Central, fué recibida en estos días por Su Santidad en audiencia privada.

El Papa les dijo: "Mucho me alegro de saber que varios de vuestros hermanos practican bien la religión católica. Obrad así hasta la muerte."

Por cierto que los oyentes estaban en condiciones de entender muy bien las palabras del Papa, puesto que uno de ellos tenia amputado un pié por los perseguidores de la Religión.

—¿De dónde proviene esto? dijo el Papa atrayéndole junto á si y señalando el mutilado pié, ¿no has sido bueno y juicioso?

—Sí, Santísimo Padre.

—¿Y por qué te han cortado el pié?

—Porque me encontraron rezando.

—Cuéntamelo, hijo mio, replicó el Sumo Pontífice con marcado interés.

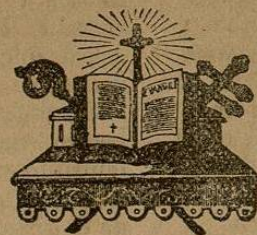
El jóven africano refirió su suplicio con tanta sencillez, que las lágrimas brotaron de los ojos del Papa y de todos los asistentes.

León XIII, no pudiendo contenerse, exclamó:

—Nunca he tenido la felicidad de abrazar á un mártir, pero hoy si la tengo; y el Jefe de la Iglesia abrazó cariñosamente al pobre negro.

# COLECCION

DE DOCUMENTOS



ECCLESIASTICOS.

Ant. Imp. de N. Parga.—D. Juan Manuel R.

RESP. JESUS BERRUECO.

TOM. VII.

GUADALAJARA, JULIO 22 DE 1892.

NUM. 14.

## SECCION I.

### S. S. Leon XIII y el Dante.

Como lo habíamos anunciado ya, el Soberano Pontífice ha deseado contribuir generosamente á los gastos del monumento que se trata de levantar en Rávena en honor del Dante Alighieri.

Hé aquí la traducción textual que publica el FARO ROMAGNOLO del Breve que dirige S. S. con motivo de este asunto á Su Eminencia el Cardenal Galeati, arzobispo de Rávena:

"Querido hijo: Salud y bendición apostólica.—Hemos considerado indudablemente muy dignos de aprobación y alabanza á aquellos que han resuelto levantar en Rávena un mausoleo en honor del Dante, y para el cual contribuirán todas las naciones. ¿Quién más que él, sin duda, merece el respeto y reconocimiento de la posteridad? Desde el momento en que se pone tanto cuidado en ilustrar el génio y los escritos del eminente poeta, es justo que tambien se consagre un monumento á su memoria y á sus cenizas. Con justo derecho se apela para este asunto á la liberalidad de todas las naciones, porque cuando se trata de honrar á los grandes hombres que han trabajado

más que otros y de una manera brillante por la comun civilización de los pueblos, es su mérito el que debe tenerse en cuenta más bien que su patria.

Por lo que respecta á nosotros, hemos reflexionado cuán espléndida es la gloria que redunda al cristianismo; porque, aunque ha errado algunas veces en sus juicios llevado al resentimiento por las amarguras del éxito y por el espíritu de partido, jamás, sin embargo, se mostró contrario á la verdad y á la sabiduría cristiana. Aún más, sacó del fondo de la religión incorruptibles y sublimes pensamientos; y con la luz del génio que recibió de la naturaleza, la alimentó y la vivificó siempre por la influencia de la fé divina; de tal manera que, por sus acordes, la poesía cantó en versos que no se habían oído, sino en los más augustos misterios.

"Por estos motivos, queremos que no falte una prueba manifiesta de nuestra estimación y afecto hácia un hombre tan ilustre; y por eso hemos decidido contribuir para el monumento precitado de Dante Alighieri, mediante la suma de 10,000 libras italianas que hemos dado orden á nuestros queridos hijos de remitirlas para que las paseis á quien corresponda. Además, enviamos como regalo á la Biblioteca *Classense* un ejemplar del divino Poema, tal como ha sido publicado, por medio de un ingenioso trabajo, segun un código del Vaticano, por un

María, nos hará doblemente felices; por una parte, nos hará ver claramente el misterio de la Encarnación; comprendemos como el Hijo de Dios pudo revestirse con nuestra carne por la operación maravillosa del Espíritu Santo; y la inteligencia de tan bello misterio, será para nosotros la causa principal de nuestra felicidad, según lo dijo el divino Maestro: "La vida eterna consiste en conocer a vos que sois Dios verdadero, y a Jesucristo vuestro Hijo a quien habeis enviado a los hombres. (S. Juan 17; 3) Nos descubrirá entonces, hasta en sus profundidades más íntimas, las relaciones de ese parentesco con su Madre la Virgen, y la razón inexplicable de tener por Hijo a un Dios; comprenderemos también porque en premio de la hospitalidad que María dió en su seno, al Verbo, ella alcanzó tantas y tan infinitas gracias superiores a las de todas las criaturas juntas; conoceremos la medida de la gloria que alcanzó; comprenderemos la alegría que inundó su corazón, el día que el Verbo tomó posesión de su purísimo vientre, así como el colmo de felicidad al tomar posesión del cielo.

Estas alegrías, pues, esta gloria, os rogamus oh María que nos las otorgueis; y para que nuestra súplica sea favorablemente acogida, ¿en qué términos debemos hacerla? Para conmover pues su tierno corazón, repitamos las mismas palabras de Santa Isabel, pues el mismo Espíritu Santo fué quien la inspiró para responder al saludo que le dirigió la Santísima Virgen, la que arrebatada de ternura al oírla, en el momento prorumpió en su admirable cántico: "Glorifica alma mía al Señor..." (Luc. 1) Que palabras le dijo su venerable prima? Lo que nosotros le decimos en la *Salve Regina*: "Bendito es el fruto de tu vientre." Meditemos bien esta deprecación, y veremos que ella va directamente al corazón de María.

*Et Jesum.* "Jesús" Este nombre inunda de inefable alegría a la Madre de Jesucristo que nada más que El la complace, porque la recuerda su incomparable dig-

nidad de Madre de Dios. Y después, que más desea? Una cosa nomás, que recurramos a Jesús, que le pidamos a Jesús, que es nuestra única salud.

"Jesús bendito." La bendición es la alabanza; y bendecir al Hijo, satisface al corazón de la Madre. Bendecirle, es decir a la Madre que ella ha dado la bendición al mundo, mientras que la primera mujer no nos dejó más que la maldición; es invitarla a glorificar con nosotros a su hijo de quien procede toda bendición.

*Jesús, fruto bendito de tu vientre.* Ved celebrado otra vez el misterio de la Encarnación, causa para María de toda su grandeza, y para nosotros, fuente de todas las gracias. Además, estas palabras recuerdan a María, que ha sido colmada de los dones celestiales, tanto en su cuerpo, como en su alma; en fin que Ella puede sernos útil a todos, defendiéndonos eficazmente ante Dios. Postrémonos pues a sus pies, conjuremosla para que haga uso de su gran poder, y de su crédito en nuestro favor. Sí, que ella pida para nosotros, no solamente las gracias que nos libren del pecado, durante nuestra peregrinación sobre la tierra, sino la felicidad eterna, sobre todo.

*Nobis post hoc exilium.* "Oh María, muéstranos a Jesús fruto bendito de tu vientre." No es en la tierra donde veremos a Jesús cara a cara, porque es un país de desgracias, un desierto sin camino y sin agua, habitado por bestias salvajes. En él, los buenos son raros, los malos abundan. Es un desierto sin camino practicable para llegar al cielo; por doquiera no hai más que senderos tortuosos, escarpados, que hai necesidad de esfuerzos para recorrerle. Es un desierto sin agua, esto es sin consuelo espiritual. No os asustéis, estamos desterrados, es cierto; Dios no quiere que gustemos de la felicidad sobre la tierra, sino para que mejor aspiremos al cielo, sin privarnos con todo de alegrías, para que no desfallezcamos, permitiéndolo así su clemencia para que le amemos y le deseemos más y más.

A más de esta vida transitoria existe en el cielo la eterna donde la alegría es perfecta, sin un ápice de mal, y sin fin. Qué desgracia será que después de tantos sufrimientos sobre la tierra, fuésemos condenados a los suplicios eternos. Estos, Dios no los preparó, para nosotros, sino para los ángeles rebeldes, porque Dios quiere, dice el apóstol la salvación de los hombres; [2. Tim. 2] y sin embargo, si pecáis, caeréis en ese abismo. Seguid pues el camino recto, conservaos en la gracia de Dios, y caminaréis hacia el cielo; y no olvideis que el camino que allá conduce es estrecho, y que a la hora de la muerte, más que en ninguna otra, muchos son los obstáculos que impiden llegar allá. Hay enemigos terribles que le asedian en el momento en que va a dejar el cuerpo. Y después comparecerá ante un Juez severo, cuya mirada penetra hasta los más recónditos secretos de la conciencia, Juez, que por la más ligera falta, rehusará la entrada a su gloria, enviandola al purgatorio donde con sufrimientos expiará sus faltas, después de lo que se le abrirán las puertas del empireo.

Por tantos motivos, pues, roguemos a la Santísima Virgen que nos sea propicia, no solo durante nuestra vida, sino a la hora de nuestra muerte, cuyo tiempo ignoramos. Pidámosle también que nos asista y esté con nosotros a la hora de las tentaciones, y que nos disponga para que en nuestra hora suprema, por su intervención, nuestra alma sea presentada ante el trono del Eterno; y si hemos merecido la expiación de las llamas del purgatorio, que nos abrevie su duración, y que inspire a los que dejamos en la tierra, que hagan por nosotros sacrificios, oraciones, buenas obras y cuanto bueno puedan, para salir cuanto antes de aquel lugar.

*Ostende.* "Muéstranos a Jesús, oh María, desde el momento en que termine nuestro destierro en este mundo."

Mostrarnos a Jesús es la más grande y por decirlo así, la principal función de la divina Madre. Sobre la tierra, Ella ha mostrado a quien ha querido, a los que ha juzgado dignos, a los pastores, los

magos, al anciano Simeon, a los que se complacían de contemplar a Jesús. En el cielo Ella muestra ante Jesús a toda alma que se ha preparado para verle, y Jesucristo la muestra al padre, lo que basta; y es lo que decía el apóstol Sn. Felipe dirigiéndose a Jesús: "Señor, muéstranos a vuestro Padre y esto nos bastará." [Juan 14] La misión pues de María es mostrarnos a su Hijo a fin que el Hijo nos muestre, nos presente ante el Padre.

Cuando dirigimos pues nuestra invocación a María, no pretendemos que Ella nos dé la gloria; porque la gloria y la gracia, Dios solo puede otorgarlas; no queremos decir tampoco que por sus propios méritos nos abra el cielo, porque solo Jesucristo tiene tal poder por su cualidad de Salvador; sino solamente le pedimos que por sus súplicas hacia su Hijo, nos alcance el tiempo de recibir dignamente los SS. Sacramentos antes de morir, que acabemos nuestra vida en paz con Dios, y después, que por sus propias manos, nos presente ante el Soberano Juez como sus protegidos, sus servidores, sus hijos, defendiéndonos en aquel tribunal, y atenuando nuestras faltas; y en fin supliendo con sus méritos lo que nos falte para salir bien despachados ante nuestro Soberano Juez.

Ved la diferencia entre nuestras súplicas y las de las Israelitas; estos decían a Moisés: "Háblanos tú, y que no nos hable el mismo Dios, porque moriremos." [Exod. 20] lo que es cierto, pues según el Apóstol, Moisés decía: Estoy trémulo y espantado. (Hebr. 12, 21). Mas ahora nosotros, al contrario, decimos a María: "después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre." Vuestra voz nos encanta oh Santa Madre de Dios: vuestro rostro nos seduce; y sin embargo si no nos mostráis a vuestro Hijo, no estaremos satisfechos. Os amamos, os veneramos, pero por causa de El, porque toda vuestra gloria viene de El; os invocamos, porque esperamos, por vuestra intercesión llegar hasta Jesús, en quien solo se encuentra la felicidad.

hombre docto y erúdito, por orden que le hemos dado.

"Al mismo tiempo concedemos de todo corazón á vosotros, á vuestra clericia y á vuestro pueblo la bendición apostólica, como prenda de los favores celestes y en testimonio de nuestra benevolencia.

"Dado en Roma, en San Pedro, el 10 de Marzo de 1892, en el quintodesimo de Nuestro Pontificado.

"LEON XIII, PAPA."

El FARO ROMAGNOLO agrega que la suma ofrecida por el Papa ha sido efectiva y oficialmente remitida al síndico de Rávena, en un cheque de 10,000 francos, junto con la compilación y el código dantesco.

Respecto á la compilación y el código dantesco, serán colocados en la Biblioteca general, donde todo el público podrá leerlos.

### SECCION III.—VARIEDADES.

#### Parafrasis de la Salve Regina.

(CONTINUA.)

*Ad nos converte.* "Vuelve á nosotros, oh María esos tus ojos" Hacia nosotros, porque somos hombres: Acordaos oh Reina que sin nosotros no hubiérais sido Madre de Dios, porque por nosotros, pobres criaturas humanas, el Hijo de Dios descendió de los cielos y se hizo hombre en vuestras castísimas entrañas para nuestra felicidad.

*Hacia nosotros,* porque somos cristianos rescatados con la preciosísima sangre de vuestro Hijo, regenerados por la virtud de sus sacramentos, alimentados, con su sacratísima carne que tomó de vuestro purísimo vientre.

*Hacia nosotros,* porque somos vuestros servidores, vuestros clientes, y si nos permitís decirlo, vuestros hijos. Os reconocemos por nuestra Reina, nuestra Abogada, y nuestra Madre. Para honraros, pues, consagramos á Dios nuestros cuerpos, le ofrecemos por vuestra mediación,

nuestros pensamientos, palabras y obras, para que por vuestro conducto, nos alcanceis de vuestro divino Hijo su misericordia. Tantos lazos nos unen á vos, oh María, que creemos que jamás nos abandonaréis.

Sí, *vuelve á nosotros* esos tus ojos. Una madre cuando ve á su hijo ante una multitud, en peligro, y asediado de enemigos, y proximo á perecer, no separa de él sus ojos; lo anima con sus gestos; y si nó puede llegar hasta él, le habla con su gesto, con su voz, con todos sus movimientos; y si crece el conflicto, se precipita hacia él sin atender á los obstáculos que hay para arrebatarlo, si puede, ó para protegerlo, á lo menos. Así lo haceis vos ó Madre nuestra, porque sois nuestra verdadera Madre. Vednos pues así; defendednos, ayudadnos, no permitáis que nadie se acerque á nosotros para dañarnos.

Representémonos este mundo como un teatro donde cada uno tiene una misión que cumplir. Supongamos que entre los espectadores se hallan nuestros padres y madres, ¿sobre quienes entonces fijarán sus miradas? Sobre sus hijos, no hay para que decirlo, Así es como esta bienaventurada Virgen, Reina y Madre nuestra nos contempla. No la desagrademos, pues al contrario, esforcémonos de tal manera en todas las cosas que hagamos, para que Ella quede complacida, satisfecha que somos sus buenos hijos. Cuando nos vee, es para recomendarnos con su Hijo, para inflamar nuestro valor á fin de que merezcamos la corona de la gloria.

¿Queremos pues que fije sobre nosotros sus ojos? No dejemos de verla. Volver la espalda al sol, no será por cierto el medio de recibir sus rayos. Pensemos pues siempre en María como si estuviera cerca de nosotros; y en medio de las ocupaciones que nos absorben, enviémosle una jaculatoria siquiera, que parta de nuestro corazón; pidámosla que bendiga nuestros trabajos y esfuerzos, recordándola que si está á nuestro lado, que sea para mejor vernos y socorrernos con prontitud.

Oh Madre de Dios, Abogada nuestra, os pedimos que no separeis esos tus ojos misericordiosos de nosotros. Esclarecednos, socorrednos, amparadnos, mostradnos siempre vuestro rostro para que sea luz, y guía en el camino de la vida. Tened piedad de tus hijos, y haz que tu voz retumbe en el fondo de nuestros corazones, porque ella es dulce, vuestro rostro radioso, en fin todo en vos es piedad, misericordia, amor y aliento para la virtud.

*Et Jesum benedictum fructum ventris tui.* "Y á Jesús fruto bendito de tu vientre," es á quien deseamos, á quien suplicamos á María nos presente un día. Cada una de las palabras de esta piadosa invocación, nos descubre una de las facces de la gloria que nos está prometida.

Rogamos pues á María que nos muestre, que nos presente á Jesús. Jesús es nuestro dulce Salvador que para libraros de la esclavitud del demonio y de todos los males, dió generosamente su sangre, su vida, su persona misma. Que felicidad ver al que nos ama tanto! Pensad frecuentemente en su caridad para nosotros y para todos nuestros hermanos, reflexionad en sus beneficios y contadlos si podeis; recordad sus trabajos y penas de todo género, los dolores inauditos que sufrió por nosotros, y sentireis aumentarse en vosotros el deseo de verle y de poseerlo. Si descendió del cielo sobre esta tierra miserable, fué para correr en busca del hombre pecador, su enemigo. ¿Que acogida no reservará, no digo ya á un enemigo, sino al hombre purificado y hecho su hijo? Ha fijado sobre Pedro, culpable con una triple negación, miradas de misericordia, ¿con que ojo bondadoso no mirará al cristiano ferviente que se ha sostenido en su fé y en la práctica de las leyes del evangelio? Si ha hablado con afecto á sus enemigos, ¿qué hará con sus amigos? Si á Judas que lo trasionó le dió el ósculo de paz, ¿qué caricias no tendrá reservadas para un discípulo querido y fiel? No ceséis pues de suspirar por Salvador tan amable y tan amante, no

penseis mas que en El, no deseis ya mas que sus inefables y castos abrazos.

Os rogamos ó María que nos presentéis á Jesús bendito; sí, bendito no solamente con la bendición cantada por la piadosa Isabel cuando estaba en vuestro seno sino bendito con la bendición suprema de la gloria inmensa de que goza en el cielo donde reina con toda la majestad de soberano. Bendito, no como los otros elegidos á quienes se ha dicho: "Venid benditos de mi Padre," sino bendito como Dios sobre todo y en todo el universo y por todos los siglos. Bendito, no solo por sí mismo, sino por todos los santos, porque todos reciben de su plenitud el colmo de sus bendiciones por toda la eternidad. ¿Deseais pues ardentemente contemplarle en su gloria y tener parte en su plenitud? bendecidle pues por sí y por todos. No olvidéis que no negará su gloria, cuando no escaseó ni su sangre preciosísima para purificar á los hombres culpables.

Rogamos á María que nos presente, nos muestre el fruto de sus entrañas. Este fruto es el Hijo de Dios hecho hombre, es Jesucristo que ha levantado nuestra naturaleza hasta los esplendores de los cielos. Cuando le veamos en su humanidad glorificada, semejante á la nuestra, entonces no temeremos llegarnos á él como nuestro hermano, gustando de la suprema alegría, al ver que nuestra tierra tan pobre, ha pedido producir un fruto de precio tan infinito. Con los ojos del alma contemplaremos su divinidad y con los del cuerpo, su sacratísima humanidad: tal espectáculo inundará nuestros corazones de la más inefable felicidad, porque Jesucristo es el fruto suavísimo del árbol de la vida, y será el alimento de sus elegidos en la tierra, pues que su humanidad nos ha servido de alimento, pan purísimo que comemos en la adorable Eucaristía, meditando sobre su vida mortal, é imitando sus virtudes; pero en el cielo será la divinidad de Jesucristo, verdadero pan de los ángeles, que saciará nuestras almas.

Entónces el fruto del seno virginal de